



La entrevista de juego¹

MERCEDES FREIRE DE GARBARINO

INTRODUCCIÓN

Este trabajo fue escrito hace ya más de diez años, y por este motivo lo vuelvo a releer hoy. Si bien considero que lo escrito antes, con muy pequeñas variantes sería lo que volvería a decir con respecto a las entrevistas de juego; sin embargo, me veo tentada a hacer algún comentario sobre el juego en sí y sobre todo en lo que tiene que ver con su enfoque teórico desde la entrevista terapéutica. O sea, mirar la actividad lúdica como trabajo en el psicoanálisis infantil. Podríamos concretarlo diciendo que el niño habla con su jugar, pero ocurre que el niño no sabe lo que está diciendo. Esto es lo que le hace decir a Wildöcher que la actividad lúdica es efecto de un pensamiento inconsciente y que responde a leyes del proceso primario como los sueños y los actos fallidos para este autor producciones psíquicas impregnadas por el determinismo inconsciente. Si nos ubicamos en este enfoque, podremos comprender cómo a pesar de que sabe, no sabe de qué está hablando. Es necesario poner en palabras sus juegos y es el terapeuta el encargado de esto.

En el historial del «Hombre de los lobos», Freud dice que el contenido del análisis de los niños puede no ser muy rico y será necesario prestar demasiadas palabras y pensamientos para enriquecerlo. Es como se ve, una diferencia básica muy grande entre el análisis de niños y adultos.

1 N. de la E.: Trabajo republicado. Freire de Garbarino, M. (1986). La entrevista de juego. En Freire de Garbarino, M., Weigle, A., Casas de Pereda, M., Braun de Bagnulo, S., Cutinella de Aguiar, O., Altmann de Litvan, M. et al., *El juego en psicoanálisis de niños* (pp. 1-46). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (Trabajo original publicado en 1976).

El vehículo de comunicación entre la terapeuta y el paciente, que es la palabra, se lo tenemos que prestar al niño, al «decir» de Freud.

En *Interpretación de los sueños* y a propósito del uso de las palabras, Freud habla de representaciones expectativas y representaciones meta.

En el adulto, el terapeuta le da las representaciones expectativas, al señalarle, al interpretarle, le une las cosas dichas por él, es decir, le va dando diferentes elementos para que el paciente llegue a la representación-meta. Pero ¿qué pasa con el niño?

Él nos da en sus juegos diferentes elementos: signos, símbolos, que nosotros tenemos que poner en palabras. Hay aquí un movimiento diferente del que ocurre en el adulto, se podría decir que lo que el niño nos transmite son las representaciones expectativa porque en realidad lo que nos muestra es el camino hacia la meta. El terapeuta lo pone en palabras.

Dicho así parecería que el proceso es el inverso del que se da con los adultos. Pero no creo que la situación se dé en estos términos. Si aceptamos con Wildöcher que el jugar es el efecto de pensamientos inconscientes, tendríamos que aceptar que el juego es ya un retoño del inconsciente, por lo tanto, sería ya una meta. Y entonces se plantea otra interrogante: ¿qué hacemos cuando le verbalizamos este material? Se me ocurre que el camino o el proceso de la cura en el niño es completamente diferente a lo que sucede en una terapia de adultos. Es un tema para pensar.

Dentro de los diferentes medios o técnicas de investigación del psiquismo infantil, las entrevistas de juego son lo más adecuado y útil. Basamos esta afirmación en el valor psicológico que pensamos que tiene esta actividad.

Por otra parte, el hecho de llegar al niño a través del juego es entrar nosotros, los adultos, en sus cosas, en su mundo, y no llevarlos a ellos hacia algo que no les sería tan familiar, como podría ser el empleo de otras técnicas.

No quiero con esto decir que el estudio de los niños se pueda reducir al que se obtiene por intermedio de entrevistas de juego. Por el contrario, ha sido de gran utilidad para el diagnóstico y pronóstico en este terreno el uso del estudio psicotécnico, a través de la aplicación y el estudio exhaustivo de los tests, sobre todo los proyectivos como por ejemplo el Rorschach, el CAT, etc., cuando se trata de investigar la personalidad y el núcleo conflictivo.

Solo quiero aclarar que considero a la entrevista de juego el mejor medio, pero no el único.

La importancia de la actividad lúdica dentro del psicoanálisis es marcada por Freud cuando observa, estudia y teoriza el juego de su nieto. Me refiero al tan mencionado y analizado juego del carretel.

Si bien Freud ya había realizado y publicado el historial de Juanito antes que el juego del carretel, sin embargo, en este historial, en el de Juanito, Freud no se detiene en forma especial a conceptualizar la actividad lúdica. En el historial de Juanito incluye los juegos de este niño, pero utilizándolos al igual que sus fantasías y su comportamiento como material que le servía para los fines que se proponía en ese trabajo y que eran, por un lado, el estudio de una fobia, y por otro, la comprobación de las teorías sexuales infantiles y el complejo de Edipo. Fue en el estudio del juego del carretel que Freud conceptualizó o teorizó el juego. Es en *Más allá del principio del placer* cuando trata de ver el sentido del jugar del niño.

Vamos a entrar un poco en los distintos *tiempos*, por así llamarlos, de esta situación: se destaca en un primer momento cómo el niño juega a esconder los objetos fuera de su propio alcance y los deja abandonados. Aquí se ve cómo el niño repite la situación traumática de la pérdida de la madre, y es así como lo interpreta Freud. Vale decir la madre-juguetes se va y no hay solución, se pierde definitivamente. Luego en una situación posterior el carretel: la madre se va pero él la hace volver. El carretel entra dentro de la cuna y él lo hace reaparecer. Este momento es cuando la vivencia pasiva, es decir mamá se va y me quedo solo, se vuelve activa, ahora el niño dice con su juego mamá se va pero yo la hago volver cuando quiero. Veán ustedes las dos cosas que se dan en este juego: primero repetición de la situación traumática y luego el hecho pasivo es convertido en algo activo: es él, el que la hace irse y volver a su gusto. Pero hay otro elemento más y es que la madre es él mismo y ya pasamos a la tercera etapa del juego. Ahora es él el que desaparece y aparece, me refiero a cuando el niño se mira y se retira del espejo acompañando el acto de esconderse detrás del espejo con él: ¡oh! Aquí el niño está diciendo: mi madre soy yo que aparezco frente a mí mismo y desaparezco, en relación con el inicio de su identificación o identidad primaria. Es realmente importante ver todo lo que Freud sacó de este hecho en apariencia nimio. Lo primero que se ve

es que el juego puede estar al servicio de la pulsión de muerte y su forma más típica de expresión, la compulsión a la repetición.

En segundo término la transformación, y como mecanismo de defensa, de lo vivido en forma pasiva (y por lo tanto muy traumática) en forma activa. Decíamos como un mecanismo defensivo pero también lo podríamos enfocar como una forma de elaboración.

Y por último una utilización del juego como una forma de expresar su conflicto que parece ser vivido por el niño en forma regresiva.

Yo soy mamá, yo soy uno con mamá, y cuando ella desaparece, yo me siento muy mal porque desaparece algo mío o más concretamente desaparezo yo y esto es muy traumático.

El juego pues nos puede dar muchos elementos para el estudio y teorización de la psiquis infantil tal como lo demostró Freud en este episodio.

A partir de este momento la psicología presta atención a la actividad lúdica del niño sacando gran partido de ella. Incluso vemos surgir el uso de la observación de las diferentes formas y usos de los juegos para establecer el grado de maduración psicofísica del niño. Me refiero a la batería que Gessell y otros emplean en una gran cantidad de tests basados en la actividad lúdica para establecer su escala de maduración.

El hecho de que los tipos de juegos y los juguetes que usan los niños cambien en cada edad en cada momento de su vida nos habla de cómo el niño necesita ir cambiando sus juegos y juguetes en la medida que va también cambiando la estructura de su personalidad. Este cambio, si observamos con atención, corresponde a las necesidades de cada momento.

Quiero decir con esto que no es por casualidad que un niño de cinco o seis meses juega preferentemente y con mucho placer a las escondidas con las sábanas u otro objeto que tenga a mano; en cambio, alrededor del año de edad abandona esta preferencia para dedicarse a sacar y poner objetos que puedan penetrar dentro de huecos o agujeros.

La elección de los juguetes y los juegos está motivada por la fantasía predominante en cada edad o período de la vida del niño.

A los cinco o seis meses de edad del lactante, su mayor angustia es la desaparición y aparición de la figura de su madre dentro de su campo visual. Para el lactante de esta edad, la desaparición de su madre equivale a la pérdida definitiva de ella en su vida. Es, por lo tanto, sentida como

la muerte misma. Al utilizar el juego de las escondidas, dramatiza este hecho traumatizante para él. Elabora así la angustia que le provoca la desaparición-muerte de su madre, manejando y controlando la situación y la angustia que esta le provoca. La madre, los objetos desaparecen y reaparecen siempre que él quiera.

Al año, está descubriendo sus propios huecos y salientes, y las relaciones entre ambos; es decir, cómo el objeto penetrante puede introducirse en el cóncavo. Este descubrimiento está conectado con el incipiente descubrimiento de los genitales. También aquí el juego le sirve como ensayo y medio de elaborar la angustia que el nuevo conocimiento le provoca.

Como se ve por todo lo enumerado anteriormente, el jugar del niño es su forma de lenguaje, su modo de expresión más auténtico y más directo, que le ofrece una serie de experiencias que responden a las necesidades específicas de cada edad.

El juguete, por su tamaño, por ser algo propio y permitido, le da la posibilidad al niño de ejercer dominio sobre él, convirtiéndolo por esto en el instrumento más adecuado para revivir los objetos reales y poder allí dominar situaciones penosas o difíciles para él. Por el hecho de ser reemplazable, le permite repetir a voluntad situaciones, ya sean placenteras o dolorosas, que serían imposibles de repetir con los objetos reales. Decimos que serían imposibles de repetir porque del objeto originario se teme su pérdida real cuando se trata, por ejemplo, de ataques agresivos. Aclaremos un poco más esto: si el carretel (en el ejemplo de Freud) representa a la madre que desaparece y esto le provoca mucha rabia, deseos de matarla porque lo abandona, lo deja solo, estos deseos se los puede permitir con el carretel, que no es la madre, aunque la represente. Vale decir que al jugar desplaza al exterior miedos y angustias internos, situaciones que por lo general resultan intolerables para su yo, débil aún por no estar totalmente estructurado.

El juego le sirve también al niño para actuar activamente lo que ha tenido que vivir pasivamente.

Por ejemplo, puede ser él el maestro o el padre que hace a sus muñecos-hijos lo que siente que le hacen sus mayores. Puede además cambiar las situaciones y modificar, por ejemplo, un final que no le agrada por otro a su gusto. Actuar papeles que le fueron prohibidos. Y, por último, repetir cuantas veces quiera situaciones placenteras.

Otra de las posibilidades del juego es la de distribuir los sentimientos en múltiples objetos, y así disminuirlos en intensidad.

Estas son las razones por las cuales pensamos que la entrevista de juego es la forma más adecuada para acercarse a un niño. Es ir a buscarlo en su propio campo y dialogar en su propio lenguaje.

El uso de la entrevista de juego fue incluido en psicología con fines terapéuticos y últimamente con fines diagnósticos. A este último aspecto vamos a referirnos en este trabajo.

LA ENTREVISTA

Antes de entrar a estudiar la entrevista desde un punto de vista práctico en su funcionamiento y su utilidad, quisiera primero plantearme qué se entiende por entrevista.

Creo que se debe considerar la entrevista de juego desde dos puntos de vista. Por un lado, las reglas o las indicaciones para su ejecución, indicaciones que irán sin duda a la búsqueda del mejor resultado. Este aspecto no está divorciado de las bases teóricas o de la psicología de la entrevista, que sería el otro punto de vista y que, como es obvio, es lo que fundamenta la técnica.

De acuerdo a la clasificación hecha por el Dr. José Bleger, se trata de una entrevista abierta. Se entiende por tal aquella en la que el entrevistador actúa con plena libertad en cuanto a sus intervenciones, sin un plan preestablecido y haciendo solamente las preguntas estrictamente necesarias, es decir, las que sin salirse del tema que trae el niño sirvan para completar la comprensión de la situación. Es importante que se cree un ambiente de flexibilidad como para que el niño configure el campo según su estructura psicológica.

Sin embargo, no podemos olvidar que la entrevista es un encuentro entre dos seres humanos: entrevistador y niño entrevistado. Si bien en este encuentro, y de acuerdo con el objetivo de la entrevista, al niño lo podríamos considerar el emisor de un mensaje y nosotros el receptor, no olvidemos lo comprometido que este receptor está en este encuentro. Quiero decir que la personalidad y el estado psicofísico del terapeuta cuentan en los resultados de la entrevista. En una palabra, lo que quiero destacar es la relatividad de las entrevistas de juego, en el sentido de la participación del entrevistador.

La intervención más o menos indirecta del entrevistador es lo que contribuye a hacer que las entrevistas tengan un aspecto variable. También dentro de esta variabilidad están todos los elementos aportados por cada niño en especial y por el momento de la vida de ese niño determinado.

Las entrevistas de juego tienen también sus constantes. Estas constantes son, por un lado, lugar, tiempo, material con que se trabaje —de lo que voy a hablar en el capítulo siguiente— y, por otro, el objetivo de la entrevista y la actitud del entrevistador.

Con respecto al objetivo, creo que está de más especificarlo porque es obvio: el objetivo es hacer el diagnóstico y pronóstico del niño. Pero pienso que es importante destacar que es necesario que el niño esté enterado de este objetivo. Podemos suponer que los padres o familiares que lo traen ya le han informado al respecto, incluso les aconsejamos que se lo digan. Pero la experiencia me ha indicado que es necesario decirle sistemáticamente a cada niño para qué es que nos vamos a reunir. No solo en el caso de la entrevista diagnóstica, en la que prevengo al niño que vamos a trabajar juntos con esos juguetes para tratar de ver si él tiene dificultades que lo hagan sufrir y también para ver cómo lo podemos ayudar. Decía que no solo en las entrevistas diagnósticas, sino también al iniciar un tratamiento, informo al niño que haremos entrevistas para ayudarlo porque él tiene dificultades.

He decidido informar sistemáticamente a cada niño el objetivo de la o las entrevistas porque lo más frecuente es que los padres se lo informen de manera incompleta o deformada, o no le informen y lo traigan engañado, perjudicando así el curso de la entrevista.

En el caso de que se hayan realizado entrevistas con los padres, opino que también hay que decírselo al niño sin darle detalles de lo conversado; basta decirle que sus padres informaron de sus problemas.

La otra constante a la que nos queríamos referir es la actitud del entrevistador. Este debe mostrar una actitud cordial sin exageraciones, trasuntando un interés genuino por el niño, interés que, como es obvio tiene la característica esencial del psicólogo de niños. Esta postura junto con la neutralidad son las condiciones necesarias para facilitar la apertura del paciente.

Al decir *neutralidad* no queremos significar con ello la exclusión de la personalidad del entrevistador. Lo operante es lo contrario; quiero decir que es necesario que estemos incluidos en el campo tanto como para dejarnos

penetrar por los conflictos del niño. Incluso pienso cuán útil puede ser la utilización de nuestros aspectos infantiles, siempre que no sucumbamos a ellos, es decir, que podamos mantenernos con cierta objetividad.

Al decir *neutralidad* nos referimos a no hacer juicios valorativos de lo que va ocurriendo. Es necesario que el entrevistador sienta curiosidad, pero que esta sea limitada a lo necesario para el beneficio de la pesquisa. Por otra parte, las reacciones del niño deben ser consideradas como un dato más, por lo que tampoco es conveniente responder a ellas, ni mucho menos actuar. Quiero decir con esto que frente a una expresión de agresión, por ejemplo, aunque esta sea directamente dirigida a nosotros, no debemos reprender ni castigar al niño, sino tratar de controlarla, ya sea a través de interpretaciones o de la imposición de límites en el hacer del niño. En otras palabras, decirle que comprendemos su enojo —si es que lo comprendemos—, pero que no necesita actuarlo en forma directa, dado que puede dañarnos y esto lo haría sentirse muy mal.

Otra de las cosas que se plantean frente a la realización de una entrevista es si debemos o no hacer preguntas y qué tipo de preguntas hacer. Acostumbro hacer el menor número posible de preguntas para no orientar al niño en ningún sentido. Me limito a las absolutamente necesarias para aclarar algún material dado.

Es importante también que el terapeuta no motive la actuación del niño. No debe crearle intereses al entrevistado en el sentido de incitarlo a que juegue o haga algo definido.

Al iniciar la entrevista, además de lo que mencioné con respecto al objetivo, le digo: «Traje estos juguetes porque pienso que jugando es la forma como tú puedes comunicarte mejor conmigo», pero no insisto en que los use. Incluso se puede tener una entrevista sin que el niño toque los juguetes. Lo importante es estudiarla y buscar en ella y en los antecedentes la causa de su dificultad, ya que el material que es lógico que ofrecemos le interese y lo use. Estadísticamente, podríamos decir que un noventa por ciento de los niños juega o hace algo en las entrevistas. Por lo general, encontramos que la causa que determina que un niño no juegue es algún hecho externo que se suma a una personalidad muy paranoide.

Voy a transcribir dos entrevistas de este tipo para ejemplificar lo que digo.

A. es una niña de 5 años de edad, a la que realicé una entrevista para diagnóstico y de la cual no tenía dato ninguno. Entra al consultorio sin aparente dificultad, con cierta desenvoltura, pero se queda quieta, de pie cerca de la mesa donde están los juguetes. De inmediato le explico el motivo de nuestra experiencia, y A. se queda mirándome en silencio durante unos minutos con cierto asombro en su expresión. Luego, me dice: «Sí, yo necesito ayuda». Se queda en la misma actitud durante mucho tiempo, durante el cual le interpreto su desconfianza y miedo a la situación nueva y a mí (más adelante me referiré al uso de las interpretaciones en las entrevistas). Frente a todo lo que yo le digo, no hay modificación alguna en su actitud, excepto en el momento en el que me refero a mí, cuando la niña mira con especial atención los juguetes, el arenero, la pileta, los muebles y, por último, las paredes y el techo del consultorio.

Quiero advertir que, a todo esto, ya hacía veinticinco minutos que estábamos juntas, pero creo que esto no debe sorprender, ya que una de las condiciones fundamentales del psicólogo de niños es la paciencia.

En un momento dado, le formulé la interpretación a modo de pregunta, por ejemplo: «¿Será que no puedes jugar porque me tienes miedo? Tal vez piensas que esto es una consulta con una doctora». Y la niña me contestaba sistemáticamente, con un tono de enojo, «No sé». Siguió así, sin cambiar de actitud durante el resto de la entrevista. Hacia el final, le hice algunas preguntas con respecto a su escolaridad y a sus hermanos, a lo cual A. me contestó muy escuetamente.

En la entrevista que hice posteriormente con los padres de A., confirmé que se trataba de una niña con rasgos paranoides y además que vino a la entrevista sin saber a qué venía ni quién era yo. Posteriormente me pude explicar su contestación estereotipada, «No sé», y su enojo. Estaba enojada porque no sabía a qué venía, y a pesar de mi explicación, es probable que fantaseara cosas tremendas de entendimiento entre los padres y yo, por detrás de ella.

La entrevista de juego es, sin duda, una relación especial, en la que uno de los componentes es un técnico observador y el otro el niño que necesita su intervención técnica, pero que no solo aplica sus conocimientos psicológicos, sino que hace su estudio a través de su propio comportamiento. Es una relación de dos en la que uno de ellos sabe lo que está pasando y

actúa de acuerdo con lo que está pasando. Miramos, observamos el juego, escuchamos y tratamos además de captar sus vivencias, incluyendo no solo el contenido y significado simbólico de su juego, su comportamiento con los juguetes y nosotros, sino también su mundo mental y la relación con su propio cuerpo. No tenemos interés en obtener en estas entrevistas datos de la vida del niño. Estos los buscamos en las entrevistas complementarias que hacemos con los padres. Lo que queremos son datos del comportamiento del niño, observamos parte de la vida del niño que se desarrolla frente a nosotros y con nosotros. Naturalmente que no pretendemos agotar las pautas de conducta del niño; lo que tenemos ante nosotros es solo un segmento de su conducta.

Consideramos que en la entrevista se estructura un campo de dos; es lógico que se establezca una relación y, por lo tanto, el emergente es relacional, es decir, intervienen los dos, pero es necesario que ese emergente esté determinado en forma predominante por la modalidad del niño: él es quien debe dar la tónica de la entrevista.

El hecho de que el entrevistador forme parte del campo y que por tanto condicione aunque en pequeña medida los fenómenos constituye también una de las variables de la entrevista. Si bien esto puede ser un inconveniente, dado que el resultado de la misma puede ser diferente según el terapeuta, también constituye una imprescindible condición, porque toda conducta humana se da en un contexto de vínculos con los otros.

Cada situación es original y única, sin olvidar que hay constantes que se repiten. Desde el punto de vista del diagnóstico y del pronóstico, son esas constantes lo que vamos a destacar como características del niño entrevistado.

A propósito de esa variable, quiero mostrar dos entrevistas realizadas al mismo niño con diferencia de ocho a diez días aproximadamente. Cada una de ellas fue hecha con distinto entrevistador.

C. es un niño de 5 años, exigente e insaciable según el decir de su madre, que no juega, se la pasa tirado, triste, se ríe poco y no marcha bien en la escuela. Está cursando un jardín de infantes y su maestra dice que se niega a aprender. Esta sintomatología había aumentado desde hacía un año y medio, fecha en que falleció el padre.

La primera entrevista fue hecha con fines diagnósticos. En ella, el niño entra con facilidad, mira muy de pasada los juguetes que están sobre la mesa, se dirige a unos cajones de un mueble, pertenecientes a otros niños que están en terapia. Pregunta con tono imperativo: «¿Qué hay aquí? Abrime». Se le interpreta que él quiere las cosas de los otros y no lo que se le ofrece. Cree que lo de otros es mejor que lo propio.

Dibuja una figura humana sin brazos.

Interpretación: Sientes que te falta algo.

C. contesta: «No». Toma de inmediato una tiza y comenta «¿No tenés de colores?». Corta las tizas en pedacitos con la tijera.

Interpretación: La rabia porque no te doy tizas de colores te hace cortarme mi tiza en pedacitos.

Contesta: «No». Va al pizarrón, dibuja «un macaco» y lo rodea con una línea que asemeja una víbora; dice que es «un cuadro».

Interpretación: Tienes miedo que yo me haya vuelto víbora.

Él pregunta: «¿Cuándo terminamos?». Sale fuera del consultorio y vuelve a los pocos minutos. Pisa sobre la arena y pregunta si es barro, y luego, refiriéndose a la pileta, dice «¿Y esa bañera?». Sigue caminando por el consultorio y de pronto descubre una arañita. Comenta: «¿Está viva?». La lleva hasta la pileta, le echa agua, la mata y la hace desaparecer por el caño.

Interpretación: Si tú pudieras hacer con la víbora lo mismo que con la araña para defenderte de mí.

Se va del consultorio y no vuelve hasta pasados diez minutos. Dice: «Quiero irme». Deshace las tizas pisoteándolas, toma un papel transparente, lo limpia (estaba sucio de plasticina) y mira al terapeuta a través de él.

Interpretación: Limpiarte tú del barro; entonces me podrás ver diferente. Dobla el papel de manera que cada vez se ve menos. Se vuelve a ir hasta el final de la sesión.

La impresión del entrevistador fue que, además de ser un caso grave, iba a presentar serios problemas técnicos en la marcha de su tratamiento, ya que la intensidad de sus ansiedades persecutorias hacía suponer que tendría mucha dificultad para soportar la situación analítica. Decimos *situación analítica* porque se le recomendó un psicoanálisis.

El terapeuta que pensaba tomarlo para su tratamiento le hace una primera entrevista previa para poder pulsar hasta dónde lo podría ayudar. Transcribiremos un fragmento.

Llega a esta primera entrevista con varios dibujos, en los cuales predominan figuras de enanos y barcos. Toma una de las hojas, en la que dibujó una cigüeña, y dice que le va a escribir «para mi mamá».

Interpretación: Es para mí, me quieres dar algo porque te sientes enano, chiquito, y quieres que te ayude, pero también quieres huir, irte en un barco.

Contesta: «No». Luego pregunta por los cajones de los otros y más adelante para qué es el papel (de dibujo) que hay sobre la mesa. Dice: «Si yo dibujo, ¿me lo llevo?». Dibuja luego en el pizarrón con tiza verde y roja y comenta «Voy a hacer un barco», pero dibuja una red.

Interpretación: Estás un poco asustado, te quisieras ir en el barco, pero no puedes, te sientes atrapado, me sientes una red que te atrapa.

Dibuja en un papel un pato, pero no lo termina. Se le relaciona este dibujo con alguno de los que trajo, en los que había figuras humanas feas y enanos, y luego: «Te sientes un patito sin terminar y muy feo». Luego se agrega, en relación con el dibujo de la cigüeña: «Tal vez crees que cuando naciste mamá no te hizo completo y lindo».

Dibuja otro barco y dice: «Este me lo llevo».

Interpretación: Llevarte estas cosas que descubrimos sobre ti.

Es clara la diferencia entre las dos entrevistas. En la última vemos cómo el niño pudo proyectar sus conflictos de inmediato al hacer dibujos en el papel. Podríamos decir desde antes de la sesión, ya que traía algunos ya dibujados en su casa.

Vale decir que en la segunda oportunidad puede sentir que el terapeuta es capaz de soportar su carga de agresión. No así en la primera entrevista, durante la cual lo vemos angustiarse por esto y recurrir a sus salidas del consultorio como una forma de obviar la situación que no soporta, dificultando así la reintroyección. Este mecanismo (la reintroyección) se da en la segunda entrevista. Esto se ve muy claramente en los deseos expresados verbalmente de que quiere llevarse los dibujos que él mismo hizo, deseo este que manifiesta dos veces e inmediatamente después de

una interpretación. En una palabra, en la segunda entrevista se establece más diálogo que en la primera, por lo que el niño aparece menos grave.

Pensamos que la diferencia estuvo determinada por varios factores. Uno de ellos es la actitud del primer entrevistador, que es la actitud de quien va a hacer un diagnóstico; en cambio, el segundo tenía la posibilidad de tomarlo en tratamiento. El primer entrevistador era hombre y el segundo, mujer, y esto debe de haber sido para el niño más dramático en relación con la reciente muerte de su padre. Por otra parte, durante la primera entrevista el niño no sabía la verdad respecto de la desaparición del padre. Le habían dicho que se había ido de viaje; en cambio, para la segunda se le exigió a la madre que antes de realizarla le informara sobre esa muerte.

Teniendo en cuenta todos estos detalles, podríamos decir que las variables estaban dadas desde antes de la entrevista última, lo que explicaría la mejor predisposición del niño, que lo llevó a traerle dibujos a la entrevistadora sin conocerla.

Ya que la entrevista es un método de investigación de la conducta y la personalidad del niño, debemos utilizar la observación como punto de partida.

Si realizamos una buena observación, nos podremos plantear hipótesis, y para completar nuestra tarea investigadora, habría que verificar estas hipótesis. Lo ideal es realizar esta verificación en el curso de la misma entrevista. Pero se nos plantea una interrogante: cómo hacer esa verificación. Creo que la única forma es a través de las interpretaciones.

No todas las personas que trabajan en esto están de acuerdo en el uso de interpretaciones para las entrevistas diagnósticas. Quienes no las usan, lo justifican diciendo que estas facilitan el intercambio, creando un vínculo con el niño que luego queda frustrado, ya que la intención es solo hacer el diagnóstico. No estoy de acuerdo con esta postura porque considero que esta situación está en parte obviada al decirle al niño al principio de la entrevista el objetivo de la misma. Es esta, por otra parte, una forma de iniciar la entrevista clara y sin ambigüedades, que es otra de las condiciones que se deben crear para facilitar la apertura del niño.

Volviendo al tema de la interpretación, quiero aclarar que creo que el vínculo se establece aunque no existan interpretaciones.

Veo, en cambio, como muy positivo el uso de la interpretación para la confirmación o negación de las hipótesis. También opino que las interpretaciones permiten seguir dialogando con el niño; sin ellas, la entrevista se convierte en un monólogo del niño que no le facilita la ampliación y detalles de sus conflictos. Observamos muy frecuentemente que en las entrevistas en las que no se interpreta, la comunicación se interrumpe, el niño se desconcierta porque cree que no lo entendimos y surge, por lo tanto, una imperiosa necesidad de interpretar. A propósito de esto, quiero traer dos entrevistas hechas a un mismo niño; una, con interpretaciones, y la otra, sin ellas.

Se trata de un niño de 7 años, D., que consulta por dificultades de relación con los demás niños. Cuando está con ellos jugando, ya sea en grupo o con uno solo, siempre se crean problemas, y D. termina alejándose y llorando. En estas oportunidades se queja a los mayores de que lo tratan mal, que no lo quieren. Es sumamente agresivo y violento con sus padres y hermanos. Lo describen como un niño muy envidioso.

Transcribo primero la entrevista con interpretaciones, porque es la que fue hecha en primer término.

Al entrar, se queda de pie, frente a los juguetes, mirándolos con atención; luego se sienta y se pone a dibujar. Hace un avión. Le destaco lo pequeño del avión, que solo tiene dos ventanas, y el niño contesta: «Sí, es una avioneta».

Interpretación: Eres tú, que te sientes pequeño, débil, avioneta.

Dibuja luego un parque. Le pido que me explique o me hable sobre el dibujo. Me contesta describiéndome lo que dibujó: árboles, flores, pájaros y cuatro niños. Como se queda muy quieto, inactivo y callado durante varios minutos, le insisto para que hable sobre el parque. Me dice que él suele ir al parque con mamá o con María (la empleada de la casa). Le destaco entonces que dibujó cuatro niños y, sin embargo, dijo que va solo. Contesta que son sus amigos y me da sus nombres. De inmediato se pone a hacer otro dibujo, del cual espontáneamente comenta que es un lago con tres patitos. Hizo este dibujo en colores. Dos de los patos son iguales y un poco más grandes, y están más juntos que el tercero.

Interpretación: Me estás mostrando tu dificultad con tus amigos. Cuando estás con ellos, te sientes mal y solo, por eso dices que vas con

mamá o con María, pero los dibujaste a ellos. Por lo mismo, el dibujo del parque es en negro, en tanto el otro es en colores. Estás como el pato en el agua, en casa y con tus hermanas.

Pone tres autos juntos y los rodea de lápices.

Interpretación: En casa, tú y tus hermanas, los tres, se sienten protegidos.

Trata de parar un soldado y se le cae. Lo repite varias veces.

Interpretación: Tú, que te sientes mal, sin apoyo, te caes.

Para todos los soldados.

Interpretación: Quisieras poder sentirte fuerte, apoyado, seguro.

Trabaja con plastilina. Hace una figura humana de la cintura para arriba y un árbol entero.

Interpretación: Me dices que tu problema, lo que te hace sentir inseguro, es algo con respecto a tu cuerpo, sobre todo de la parte de abajo. Se pone un tanto inquieto, y me dice: «No, nada». Toma un trozo de plastilina e introduce violentamente un lápiz en ella.

Después de superar el impacto de la situación nueva (se queda mirando desde lejos el material ofrecido), entra de inmediato a contar sus problemas. Se siente pequeño, débil (avioneta). Al interpretárselo, pasa a explicar que esto lo hace sentir muy mal, solo o aislado frente a sus compañeros, por eso desea estar con sus hermanas en casa, protegido. También podríamos agregar que se siente igual a sus hermanas: son todos patos. Aumenta su angustia y nos dice cómo se siente en el aire, sin apoyo, sintiendo que su inseguridad proviene de fantasías respecto a sus genitales. Al mencionarle estos, se inquieta, utiliza un mecanismo defensivo —la negación— diciendo: «No, nada». Concretando, creo que el problema de este niño sería su inseguridad proveniente de dificultades respecto a su identificación sexual. Se siente, desde ese punto de vista, débil, inseguro, tal vez femenino como sus hermanas, como una forma de protegerse.

Pasemos ahora a estudiar la entrevista del mismo niño, sin interpretaciones. Cabe aclarar que la entrevista anterior fue hecha por una mujer, y la que vamos a relatar, por un hombre.

El niño entra fácilmente, pero una vez adentro, vacila, se queda de pie, mira todo y pregunta: «¿En qué silla me tengo que sentar?». Luego se sienta y se

pone a dibujar. Hace una luna muy grande, con varios planetas alrededor y un sol más pequeño; debajo, un cohete que se dirige a la luna. Se le pregunta qué hizo, y él contesta que es un viaje a la luna: «Yo quisiera ir a la luna».

Luego hace con plasticina una sombrilla, un imán, unas cataratas, lentes y un bote. Dice sistemáticamente qué es lo que hizo después de terminar cada cosa.

Vuelve a dibujar. Es una casa con una ventana en el techo, como si fuera una buhardilla, y otra más abajo. Dos puertas, una chica arriba y otra más grande adelante; de ambas salen caminos; el del frente, muy retorcido, en cambio, el del fondo, más recto. Comenta que en esta casa hay cinco hombres.

Inmediatamente empieza a trabajar compulsivamente con plasticina y hace un gusano, una lombriz enroscada a un árbol, un submarino, una caverna, una lombriz metiéndose en una caverna, etc.

Pensamos que la mayor angustia que muestra al comienzo de esta sesión en comparación con la anterior se debe a que en esta se enfrenta a una persona del sexo masculino, angustia explicable, dado el tipo de trastorno de este niño.

Al no interpretar le esta angustia, él la repite en el dibujo. El viaje a la luna es la entrevista o el tratamiento que quiere hacer, pero que ve como muy angustiante, es como lanzarse a la luna.

Insiste con el mismo tema en sus construcciones con plasticina: el tratamiento, la entrevista lo pueden proteger, salvar (sombrilla, botes), puede ver cosas (lentes), pero puede ser algo incontrolable (las cataratas) a pesar de que lo atrae (imán).

Pasa luego a dibujar la casa, que podría ser tomada como símbolo de su cuerpo. En este caso, estaría cambiando de tema, pasando a describirse con su dificultad de comunicación. Más concretamente, diciendo que su comunicación normal, por el frente, la siente difícil, retorcida (me refiero a los caminos), en cambio, por el fondo es más fácil.

Creo que es muy claro ver cómo le costó salir del impacto que le produjo el encuentro con el terapeuta —que fue mayor por tratarse, como dijimos, de un terapeuta hombre—, y pienso que la falta de la interpretación le hizo repetir el mismo mensaje a través del dibujo del viaje a la luna. Después de hacer los objetos en plasticina, en los que creemos ver el mismo tema —su angustia frente a la situación—, pasó a otro tema.

Decimos que creemos ver el mismo tema porque, justamente, no tenemos la verificación de esta hipótesis. Si el supuesto de la angustia por la entrevista hubiera sido planteado al propio niño, hubiéramos tenido la oportunidad de verificar la hipótesis.

A propósito de esto, recordemos la entrevista anterior.

Creímos entender que el niño se siente pequeño, débil, al decir que dibuja un avión y hacer en realidad una avioneta, y se lo decimos en la interpretación; en una palabra, le planteamos nuestra hipótesis, y el niño continúa y amplía en la misma línea: dice que esto le hace sentirse mal con sus compañeros y muy bien entre niñas, sus hermanas, protegido dentro de su casa. Y más adelante aporta algo más: mi problema lo siento en el cuerpo, en la parte de abajo, en los genitales. Muestra de inmediato cuánto lo angustia esto y cómo se defiende negándolo.

El niño va ampliando la hipótesis que está implícita en la interpretación, y con ello la verifica.

También puede suceder que el niño rechace el contenido de la interpretación, ya en forma directa, diciendo simplemente que no, o en otro juego en cuyo contenido se exprese el desacuerdo o la rectificación.

Decíamos que en la segunda sesión transcrita, a pesar de la falta de interpretación, entendemos que el niño pasa a otro tema o emite otro mensaje, que podríamos concentrar en: tengo el cuerpo raro, me cuesta conectarme con los demás normalmente, me es más fácil por el ano.

Por tanto, esta interpretación, como la del material del principio, es solo un supuesto no confirmado.

En conclusión: el uso de la interpretación sirve para verificar las hipótesis que surgen y al mismo tiempo abre la posibilidad de ampliarlas y completarlas dándonos una visión más total de los conflictos y la personalidad del niño. Por otra parte, establecen un diálogo con el niño creando una situación más natural, más amable para él, lo que facilita una mejor entrega. Sin interpretaciones, la entrevista se convierte en un monólogo muy frustrante para el niño.

Es importante registrar los cambios bruscos de juego, así como las inhibiciones y los bloqueos durante el curso de la entrevista. En general, la actitud del niño al iniciar la sesión es de defensa frente a la situación nueva. Es por esta razón que es común que se hagan distintos comentarios acerca

del material: «Yo tengo un auto igual a este», «En mi casa hay lápices de colores también», «Esas tizas son del mismo color que las de la escuela», etc.

Durante el curso de la entrevista, le asigna roles al entrevistador y se comporta en función de ese rol. Trata por lo general de crear en la situación desconocida que es para él la entrevista cosas conocidas, repitiendo así pautas de conducta. Estas pautas comprenden no solo aspectos conscientes, sino también, y sobre todo, irracionales de su personalidad.

En la entrevista podemos detectar la fantasía sobre la propia entrevista, la de su enfermedad y también la de su curación o la ayuda que podemos darle. Estas dos fantasías —la de enfermedad y la de curación— llevan generalmente implícitas las defensas a las mismas.

Voy a transcribir otra sesión para tratar de detectar en ella la fantasía de curación y de enfermedad.

E. es una niña de 3 años que entra con su mamá al consultorio. Se detiene delante de los juguetes y toma un plato. La madre intenta irse, y ella grita «Oh, oh», y tira el plato. Una vez que la madre decide quedarse, la niña se sienta delante de los juguetes, toma la caja de colores y esparce todos los lápices delante de ella. Toma la tijera, se la pone en la boca y la abre y la cierra.

Interpretación: Sientes que te entran cosas por la boca que te dañan.

Tira con violencia la caja de colores.

Interpretación: Esto te hace sentir mal, enojada.

Cada vez que se le hace una interpretación, hacia el final de ella, hace unos pequeños gritos como los que emitió cuando la madre intentó irse. Se le interpretan como palabras que pone entre ella y la entrevistadora para evitar que esta entre en ella con sus palabras-tijera, que daña su boca.

Coloca platos y tazas como para usarlos.

Interpretación: Necesitas leche, alimento para arreglar todo lo tuyo, que es mucho, como la cantidad de lápices que están delante de ti.

Me mira con enojo. Empieza a colocar juguetes en la falda de la madre, hace un dibujo con tiza y lo coloca también en la madre.

Pienso que la fantasía de enfermedad se puede ver desde las primeras actuaciones de la niña en la entrevista. Es más, creo que muestra la historia de sus conflictos.

Entra con la mamá, como es común a esta edad (en otro capítulo aclararemos este aspecto), y se dispone de inmediato a trabajar: toma un plato, pero la madre intenta irse. Madre y niña nos están diciendo que E. sintió que el plato-pecho-mamá se le fue muy rápido, y ella siente que cae, se desparrama como los lápices de colores que quedan sin caja que los proteja y al mismo tiempo siente que el objeto se convierte en malo, la ataca, le corta la boca, la daña.

Concretando, su enfermedad es sentirse por dentro como deshecha, sin algo que la contenga; por otra parte, teme que la estén alimentando con comida que la corta. Decíamos que cuenta la historia o, mejor, el punto de partida de su enfermedad. Es porque sintió que su madre la dejó muy rápido y ella quedó sin sostén, sin protección.

Inmediatamente vemos la fantasía de curación: tiene que recibir mucho alimento para curarse. Esta fantasía de tener que darle también a la madre la explica más adelante cuando une dos autos y de inmediato hace una torre que da a su madre. Al final de la sesión, cuando se le interpreta su deseo de llevarse y llevarme en los juguetes, la niña responde «Mamá», como si me dijera «Llevar para mamá».

Decíamos más arriba que debemos considerar que la entrevista es el encuentro de dos individuos: entrevistador y niño. Por lo tanto, es necesario considerar a la persona que hace la entrevista. Considerarla también en tanto es, en cierta medida, depositaria de las emociones que se dan en el campo bipersonal. Quiero decir que también es muy útil la autoobservación del entrevistador para detectar en sí mismo las diferentes emociones o reacciones que va provocando el niño.

No es ninguna novedad, por ejemplo, el fastidio o el enojo que ciertas actuaciones o juegos de algunos niños provocan en el entrevistador.

Otra de las emociones que juegan un importante papel es la ansiedad. Es importante considerar tanto la ansiedad que siente el niño como la que siente el entrevistador. Un discreto monto de ansiedad se puede considerar como la reacción normal frente a una situación que es nueva y desconocida, es más, considero patológico el hecho de que un niño comience la entrevista sin traducir un pequeño monto de ansiedad. Si bien el grado de ansiedad es personal y está determinado por la personalidad del niño y el tipo de conflicto que lo perturba, en general se puede decir que esta disminuye con la

edad, hasta la pubertad, edad en que se nota un pequeño recrudescimiento. Cuanto más pequeño es el niño, la ansiedad es mayor, tanto que hasta los 5 o 6 años es necesario hacer las entrevistas en presencia de la madre o del padre. Antes de esa edad, es prácticamente imposible que el niño soporte la angustia que le despierta la entrevista, por lo que adoptamos la medida de hacerlas con las madres presentes. Esta medida también cuenta para las entrevistas terapéuticas en las cuales se puede trabajar la dificultad de separación hasta conseguir que el niño pueda entrar solo.

Es necesario destacar la ansiedad y no disimularla, aun en entrevista diagnóstica. Se la debe interpretar o, por lo menos, señalarla para así incluirla verbalmente en el campo, con el objetivo de manejarla y evitar dificultades mayores.

Si aceptamos que en todo niño el hecho de la entrevista provoca ansiedad, la misión del entrevistador es señalar los momentos en los que esta aumenta o disminuye, y relacionarla con el juego o la actividad que se sucede en ese momento, ya sea para interpretárselo, ya sea como elemento clave para el estudio posterior del material.

EL MATERIAL

Acostumbro hacer las entrevistas en un lugar adecuado a las necesidades del niño. Es necesario realizarlas en una habitación más bien espaciosa, sin exageraciones, para facilitarle los movimientos. Estoy hablando de una habitación de tamaño medio común. Las paredes deben ser lavables y sin cuadros. Dentro de lo posible, las ventanas y aberturas con vidrios deben ser pocas e instaladas bien altas, es decir, no accesibles al niño.

Las sillas y la mesa serán de tamaño adecuado a la edad y de material resistente (la cármica es bastante adecuada). En los casos de niños pequeños (2 o 3 años), acostumbro dejarles los juguetes en el suelo.

La advertencia respecto a las aberturas con vidrios así como el consejo de que todos los objetos sean de materiales resistentes, está fundamentada en la conveniencia de evitarle peligros reales al niño y asimismo evitarle la fantasía de una fragilidad real de las cosas.

Hay además en la habitación una canilla en una pileta y arena contenida dentro de un recipiente lo suficientemente grande como para que los

niños puedan entrar dentro de él si lo desean. La arena y el agua son dos sustancias muy adecuadas y, por otra parte, muy apreciadas por los niños de casi todas las edades.

El pizarrón es también usado, pero solo por niños en edad escolar.

Es conveniente que muy próximo al consultorio esté instalado un baño, y es aun mejor que comunique directamente con el consultorio.

Las puertas solo deben poder clausurarse del lado del consultorio, excepto la del baño (si este da directamente al consultorio); este no debe tener llave de ningún lado. No quiero decir con esto que se bloqueen las puertas durante las entrevistas, por el contrario, dejo las puertas sin tranca para que el niño abra, cierre o salga todas las veces que lo desee. El hecho de colocar llave o tranca en el interior es precisamente para darle la seguridad de que puede salir y que, si lo desea, puede él poner llave y aislarse totalmente del exterior.

Es preferible que no existan enchufes, llaves de luz, estufas, aparatos reguladores de calefacción, etc. Estas prevenciones tienden a evitar peligros sin tener que controlar o reprimir la actividad del niño durante la entrevista.

En una palabra, el consultorio tiene que ser una habitación adecuada en lo posible para que el niño pueda manipular (calculando que a veces lo hace en forma violenta y agresiva) todo lo que se le ofrece sin peligro para él, para el entrevistador y su casa. Digo *en lo posible* porque de todos modos es necesario controlar algunas cosas que, si las hiciera, le traerían mucha culpa al niño. Me refiero a romper la cerradura de la puerta, vidrios, etc.

Empleo juguetes de tamaño pequeño (no más de 5 o 6 cm) y de material liviano, como el plástico, por ejemplo.

El conjunto de juguetes está compuesto por dos o tres autos sin cuerdas y que sean indefinidos, quiero decir que evito darle autos que representen ambulancias, bomberos, taxis, etc.; tres o cuatro muñecos sin sexo definido y que no sean todos del mismo tamaño; alrededor de diez o doce soldados e indios; dos o tres tazas con sus respectivos platos, algunos cubiertos (tenedor, cuchillo y cuchara), una jarra y una tetera; una tijera sin puntas ni filo; varios ladrillos de madera o cubos para construcciones; cuatro o cinco trozos de plasticina de diferentes colores; algunas tizas; hojas, un lápiz, una goma, un sacapuntas, goma de pegar y caja de lápices de colores.

Este conjunto de juguetes, que es el que uso también para las entrevistas de psicoterapia, lo empleo para todas las edades y para ambos sexos. En el caso de entrevistas de terapia, advierto al niño que se podrán agregar todos los juguetes que él necesite y que me los pida en caso necesario.

La razón por la cual empleo los mismos juguetes para todas las edades y ambos sexos es que considero que si bien no siempre son usados en su totalidad, llenan las necesidades de todos. Es común que los niños de primera infancia prefieran, por ejemplo, los autos y los ladrillos de madera para hacer torres, y pasen a segundo plano el resto o parte del resto. Durante la latencia, las niñas prefieren los muñecos, las tazas y los platos, y los varones los soldados e indios; en la pubertad, dibujan, etc., pero no molesta en absoluto el resto que no usan. Por otra parte (en el caso que sea una terapia) en momentos de regresión recurren a ellos y les son muy útiles.

La duración de las entrevistas no las extiendo más de una hora, y en caso de que el material recogido no sea suficiente para llegar al diagnóstico, realizo una segunda o tercera entrevista en las mismas condiciones.

Considero que una hora es el máximo de tiempo que puede soportar el niño encerrado en esta situación especial de experimentación. Por tanto, en lugar de prolongarla, prefiero hacer dos o más entrevistas si es necesario.

Respecto al registro del material, se nos plantea un problema bastante complejo: determinar si hacemos o no anotaciones durante la entrevista. La mayoría de los psicoanalistas aconsejan no hacerlo. Si bien acepto los inconvenientes de las anotaciones directas, tengo, sin embargo, dudas.

La razón por la cual se aconseja no anotar en el momento de la entrevista es que la anotación, el cuaderno es un elemento extraño que se introduce en la relación con el niño y, por lo tanto, la distorsiona. Es decir que el cuaderno de anotaciones puede ser vivido en la fantasía como otro objeto e impedir la situación bipersonal, que es el campo necesario para la buena entrevista. Por otra parte, las anotaciones hechas en presencia del entrevistado suscitan desconfianza en cuanto al destino de lo que se anota. Puede molestarles la idea de que sus cosas sean utilizadas o divulgadas, y aun en los casos de personalidades paranoides surgen temores de que esta utilización sea en perjuicio de ellos.

Mi impresión es que estos inconvenientes los siente más el niño que el adulto.

Durante el curso de las terapias es bastante común que el niño o bien pida directamente que no anotemos más, o bien, en forma indirecta, exprese agresiones motivadas por las anotaciones, según se puede comprobar en el material.

Por otra parte, es bastante difícil anotar, dado que el niño requiere muchas veces nuestra actuación.

Sin embargo, hemos observado que tratándose de entrevistas diagnósticas, algunos niños, no todos, se sienten muy molestos e inhibidos de actuar cuando el entrevistador está dedicado solo a observarlos, y el hecho de que se ponga a escribir los alivia, pueden sentirse menos perseguidos y les facilita el empezar a jugar.

Para la mejor descripción de estas diferencias que se dan en las entrevistas de niños, los he dividido en tres grupos: los de la primera infancia (hasta 4 o 5 años), la latencia (de 5 a 10 años) y la pubertad (de 10 a 13 años).

Esta división es un tanto aproximada, dado que no se trata de que el comportamiento de los niños hasta los 5 años sea de una manera determinada y en esta edad cambie por otro diferente. El cambio es paulatino e incluso muchas veces se superponen diferentes tipos de juego, de intereses, etc. Significa esto que las diferencias que voy a establecer en cada grupo se deben tomar con mucha elasticidad y pensar que podemos encontrar características que corresponden a un período en el principio del siguiente o, a la inversa, características en algunos del grupo anterior.

Primera infancia

Vamos, pues, a empezar a describir lo que observamos como específico de los niños pequeños. Para una mejor descripción de esta etapa preferiría subdividirla en dos grupos. Establezco esta división porque es muy diferente la actitud de un niño de 2 años a la que presenta a los 5 años. Así, pues, pasaremos a comentar primero el comportamiento de los niños más pequeños, de hasta alrededor de 3 años.

Lo más saliente y también lo más molesto para el entrevistador es la presencia de la madre en la entrevista. Es muy difícil que un niño de 2 o 3 años pueda entrar solo a la sala de juegos. Es más, creo que si lo hiciera, podríamos preguntarnos qué es lo que pasa, es decir, sería algo fuera de lo

común y, por tanto, llamativo. Pero no debemos alarmarnos y, en cambio, aceptar esta variación tratando de obviarla en lo posible.

El hecho de trabajar en presencia de las madres es un hecho ya tan aceptado que incluso los tratamientos, psicoanalíticos o no, se realizan durante cierto tiempo en presencia de ellas. El tiempo depende de las necesidades de cada niño y se ve sobre la marcha del tratamiento.

Quisiera aclarar por qué es que los terapeutas aceptamos hace ya mucho tiempo esta situación, que por otra parte constituye un inconveniente desde todo punto de vista. El hecho de mostrarle a la madre los conflictos de su hijo puede angustiarse e incluso perjudicar la relación con el niño.

Desde el punto de vista del terapeuta, resulta realmente molesto tener un testigo de lo que ocurre.

Pero tal vez lo más importante es analizar cómo y en qué medida puede modificarse el campo.

No sé si será necesario aclarar que estos inconvenientes que describimos lo son en tanto usamos el esquema referencial teórico kleiniano. El objeto de nuestra tarea con este esquema es analizar a través de la relación transfe-rencial todas las fantasías que se crean en el campo analítico de la sesión. Es por esta razón que la presencia de otra persona que no sea niño y terapeuta distorsiona el campo, y, por lo tanto, las situaciones que surgen son distintas.

Me siento obligada a reiterar este esquema debido a la influencia que la Escuela Freudiana de París ha tenido sobre nuestra tarea. Nos plantea dicha escuela un esquema teórico en el que, contrariamente a lo que decíamos, la presencia de los familiares y, en especial, de la madre es de gran utilidad en los tratamientos. La Dra. M. Mannoni que ha trabajado con niños nos describe que el objetivo del psicoanálisis de niños dentro de esta corriente es reconstruir el «discurso familiar» y ubicar al niño dentro de ese discurso. El terapeuta es un observador de dicho discurso, aunque admiten que llega a formar parte de él. No les interesa el fenómeno que se desarrolla por el hecho del encuentro del niño con el analista, sino más bien escuchar cómo construyen verbalmente la vida de la familia en la que está, se supone, mal insertado el niño enfermo. No usan tampoco transferencia y contratransferencia, o sería más correcto decir que no denominan transferencia a la relación del niño y el terapeuta, sino a los roles o las acciones que el grupo familiar le transfiere al terapeuta. Como vemos, de acuerdo a este esque-

ma —que está muy pobremente descrito acá—, la presencia de la madre es necesaria en los tratamientos de cualquier edad que sea.

Volviendo al problema planteado de la presencia de la madre en las sesiones, decíamos que nos llama la atención y lo anotamos como una característica fuera de lo común cuando un niño pequeño entra solo al consultorio. Esto tiene una clara explicación desde el punto de vista teórico.

No solo al niño le es difícil separarse de la madre, sino que también a esta le cuesta separarse de su hijo. Claro que el de ella es un fenómeno inconsciente, lo que hace que aparentemente no tenga inconveniente en que el niño entre solo e incluso su actitud es en general de franca colaboración para que el niño se separe de ella.

Lo que ocurre es que la relación madre-hijo es inicialmente simbiótica. Es ya bastante conocido el hecho de que desde una vivencia de indiferenciación del niño con su objeto y el medio circundante pasa, a través de las frustraciones sufridas en su alimentación, a sustituir esta forma de existencia al de una relación de objeto.

Es decir que la realidad se le impone y concientiza que su madre o pecho es otro objeto, y no el mismo. La primera relación de objeto es simbiótica. Es así que siente y considera a su madre o sustituto, como una parte de sí mismo. De ahí la necesidad de la presencia constante de ella, que es vivida como una parte del propio self. Las madres en general no colaboran en el esfuerzo que hace el niño por separarse de ellas, y eso es porque constituyen el otro polo de este tipo de relación. Para que una relación de objeto sea simbiótica es necesario que existan proyecciones cruzadas. El niño deposita parte de su yo en la madre, y esta al mismo tiempo también proyecta en su niño aspectos de su yo. Esta es la causa por la cual le cuesta separarse. Me contaba una madre de un niño de un mes que no sabía por qué, pero no podía salir de su casa, de estar junto a su niño. Proyectaba salidas, y al llegar la hora planeada para irse, surgían miles de inconvenientes que la «hacían» quedarse.

En las entrevistas de niños pequeños debemos tener esto en cuenta y valorar las actuaciones o los comentarios de las madres como expresión de los conflictos de los niños.

Quisiera destacar que, a partir de los 4 años más o menos, pueden en general realizarse las entrevistas sin las madres.

Pasaré a comentar un trozo de sesión en el cual veremos cómo una madre nos trae la patología de su niño y cómo ella es un aspecto de la personalidad de su hijo.

Se trata de un niño, A., de 3 años, al que se hizo una entrevista de diagnóstico. Entra con su madre. Se interesa por los autos haciéndolos andar y pregunta constantemente «¿Por qué no marcha?».

Le interpreto que es él quien no marcha y necesita ayuda. Luego pregunto por qué será que los autos no marchan, y me responde porque les falta nafta.

Interpreto que es a él a quien le faltan cosas adentro. Se acerca a la madre y le informa: «¿Viste por qué no marchan? Hay que ponerles nafta adentro».

Es muy claro el reproche que le hace a su madre, acusándola de que su dificultad para «marchar» se debe a no haber recibido de ella lo que necesitaba.

Pasa luego a unir dos autos y separarlos, mirándolos atentamente mientras dice que están sucios. Repite este juego y al mismo tiempo él se acerca a su madre, recostándose en ella.

Se le interpreta la unión de él y otras personas: la madre, la entrevistadora. En ese momento, A. se queda quieto junto a la madre y dice que quiere irse. Se empieza a angustiar y repite, cada vez más ansioso: «Mamá, vamos», «Yo me quiero ir», etc.

Se le interpreta el miedo a ver acá qué es lo que pasa cuando él se une con otra persona, el miedo a ver por qué esto es sucio, etc. Pero nada de lo que se le interpreta logra aliviar al niño como para poder seguir la entrevista. Cuando ya la entrevistadora pensaba que había que interrumpir por el caudal de angustia que tenía el niño, la madre interviene logrando con su intervención que la entrevista continúe.

La madre le señala una tijera y le dice: «Mirá lo que hay allí, ¿por qué no jugás? A ti te gusta». El niño se desprende de ella, toma la tijera, la observa y pregunta: «¿Para qué es? ¿Por qué tiene esta parte [la punta redondeada]?». La madre le señala las hojas de papel y el niño empieza a cortarlas.

Tratemos de concretar lo que este niño nos dice a través del juego.

De entrada nos trasmite su necesidad de ayuda y por qué la necesita;

él es un auto que no marcha porque no tiene nafta, la madre no se la ha dado. El niño concibe en su fantasía que para recibir nafta hay que unirse al otro, pero esto es sucio. Aquí se detiene porque lo invade tanta angustia que lo paraliza, y al mismo tiempo también paraliza nuestra comprensión de lo que le pasa. Es decir, cree que esa unión tan necesaria para recibir la «nafta que lo hace marchar» es sucia.

Aquí la madre continúa la fantasía: es sucia porque «me siento muy tijera» (muy agresiva) «que corto, destruyo las cosas» (papeles) «que el otro me da para dibujar, construir». Vale decir que la madre continúa la fantasía de enfermedad que el niño por angustia no podía transmitir y que por otra parte era lo que nos interesaba.

Otra de las características de estas entrevistas de los niños pequeños es que el uso de los juguetes es relativo.

El niño preescolar se expresa a través de la acción: se mueve, va y viene, nos habla a veces con su media lengua y en general sólo utiliza los juegos como complemento de sus acciones. Transmite sus fantasías inconscientes a través de su propio cuerpo.

Transcribimos una entrevista de un niño, B., de 2 años y seis meses. Entra a la sala de juegos con sus dos padres. La terapeuta ofrece un asiento a la madre y le pide al padre que se retire. El niño no quiere que salga el padre, se prende de él y no lo deja salir. Entonces, la terapeuta decide dejar a los dos.

Mira los juguetes desde lejos y se prende a las piernas de su padre. Dice: «Quiero irme de acá». Al poco rato se desprende del padre, se acerca a la mesa donde están los juguetes, los mira y vuelve a prenderse a las piernas del padre. Hace un segundo intento de acercamiento, y esta vez toma dos autos y los pone juntos pero separados del resto de los juguetes, mira al terapeuta y vuelve a su padre. Intenta nuevamente llegar hasta los juguetes, esta vez toma la tijera y separa trocitos de una bola de plasticina, pero no usa la tijera como tal, sino que la clava cerrada en la plasticina; después que separó algunos trozos, dice: «Caca». Se pone ansioso, va hacia el padre y dice que quiere irse.

Interpretación: Tienes miedo que yo haga esto contigo, que te saque pedacitos... B. mira a la entrevistadora y le dice: «Sí». Va hasta la mesa, toma algunos trozos de plasticina y se los tira a la cara de la entrevistadora.

Se vuelve al padre y desde allí la observa. Toma los juguetes de la mesa al azar y los pone dentro de los bolsillos del padre. La ansiedad del niño fue aumentando y hubo que interrumpir la entrevista.

Creo que tanto los autos que utilizó al principio como la tijera y el total de los juguetes hacia el final no tenían valor de tales, sino que los utilizó como cosas que trasladaba de un lado a otro y que para el diagnóstico de este niño es más importante destacar la dificultad de separarse de su padre y los movimientos desde él, hacia los juguetes y la entrevistadora, y viceversa. Por supuesto, creemos que el monto de angustia es también significativo, así como los momentos en que se incrementaba.

Si los niños a esta edad utilizan los juguetes como ya hemos visto, estos no son tomados con su propio significado. Quiero decir que tienen menos en cuenta la realidad y se podrían arreglar para hacer las entrevistas solamente con ladrillos y algo similar, como trozos de maderas, tapitas, etc.

En cambio, a partir de los 3 años, o 3 años y medio, y hasta los 6 o 7 años, los juguetes se convierten en lo más importante de las entrevistas. Les gusta manipular con ellos y por lo general comentan, ya sea en voz alta, en voz baja o sin expresión verbal, todo el desarrollo de su juego. Digo *sin expresión verbal* porque en algunos casos uno tiene la impresión de que, a pesar de no verbalizar nada, ellos van siguiendo mentalmente, diríamos, «el argumento» de su juego.

Otra de las características de las entrevistas de estos niños es la notable diferencia que surge en el juego de las niñas y en el de los varones. Vamos a transcribir primero una entrevista de una niña de 5 años para luego hacer lo mismo con la de un varón de la misma edad.

Se trata de una niña, C., que está en tratamiento psicoanalítico desde hace un mes.

Al entrar pide que le traigan —pues lo necesita— un jueguito de doctora. Saca tazas de té y comenta: «Voy a poner esto en la cocina» (es su propio cajón de juguetes dado vuelta). «¿Esto qué es, un camioncito?». Va a buscar agua en la taza. «¿Usted tiene una puertita?». No le entiendo y le pido que aclare. Contesta: «Una puerta para pasar de aquí a su cuarto». Se le interpreta su curiosidad por saber cómo soy y cómo conecto mi actividad de terapeuta y mi vida particular. Llena ahora una tetera y la coloca

junto a la taza en la «cocina». Comenta que va a hacer té; llena la tetera de agua. Al ir en busca de más agua, se cae.

Interpretación: No puedes ser como una mamá que cocina, que hace té; no te sientes segura, te caes.

Pasa agua de la tetera a las tazas, luego de las tazas a la tetera, pero es para ver cómo sale del pico de la tetera; comenta: «Mirá cómo sale del piquito».

Interpretación: Sale como el pichí de la colita de los varones. Ríe y contesta que sí, y hace gesto como si tuviera pene y orinara. Luego, refiriéndose a lo que está sobre el cajón, «se está haciendo el té, me tienes que traer una bandeja porque no tengo con qué llevar esto [se refiere a las tazas]».

Interpretación: Este pico es de los varones y aquel, como un agujerito de las niñas, como el tuyo.

Contesta: «Sí, no, el mío es como este [la tetera]».

Interpretación: No quieres admitir que no tienes pito.

El material D. es de un varón unos meses mayor que la niña del material anterior. Se trata de una entrevista diagnóstica.

Toma los soldados y los ladrillos de madera. Hace una pared en forma de cuadrado y pone dentro los soldados; pone otro soldado fuera.

Interpretación: Tú, encerrado dentro con N. [su hermano mellizo], y otro hermano fuera; te preocupa menos este, te trae menos problemas.

Toma un trozo de plasticina y lo parte en dos.

Interpretación: Te sientes encerrado, unido a él [los soldados dentro], y quisieras separarte.

Se sonríe. Toma un indio y un soldado, y los enfrenta. Le pregunto qué pasa, y dice: «Que estos, si pelean separados, uno puede matar al otro».

Interpretación: Si te separas de tu hermano, muere uno de los dos.

Toma los soldados y hace una batalla en la que estos voltean o matan a todos los demás.

Interpretación: Unido a N. te sientes fuerte. Parece que sientes a los demás muy peligrosos, que te atacan, por eso necesitas la unión con tu hermano.

Hace una especie de barrera o pared alta dejando los juguetes bloqueados entre la barrera y él. Toma tiza y la raspa, luego tira el polvo sobre los juguetes. Le pregunto qué es, y me contesta «nieve».

Interpretación: Sientes lo que te rodea distante y frío como la nieve.

Corta plasticina color marrón en pedazos chicos y la entreveva con el polvo de tiza. Toma dos soldados a caballo y les echa encima esta mezcla.

Interpretación: Sientes que te dan a ti y a tu hermano nieve y caca.

Las diferencias entre los contenidos inconscientes de ambas entrevistas son evidentes. La niña nos habla de su angustia de castración relacionada con su enuresis y con agresión contra su madre porque no le dio lo que necesitaba. En cambio en el varón es la angustia por la relación simbiótica con su hermano mellizo y la rabia contra su madre por esta situación. Sin embargo, lo que me interesa destacar en este trabajo es la diferencia formal. Es decir, cómo la niña usa un tipo especial o diferente de material, y un tipo especial o diferente de juego que el que usa el varón, dándoles a las sesiones matices muy diferentes en su contenido y forma. Observamos solamente hacia el final de la sesión del varón algo que podía ser tomado como más femenino, pero es obvio que está determinado por el aspecto femenino que en ese momento se incrementa como defensa de la situación creada.

Latencia (de 6 a 9 años)

La edad de la latencia es en general comentada por los terapeutas como el período más aburrido para trabajar, dado que en ella los niños repiten un tanto obsesivamente sus juegos, y esto hace que las sesiones se sucedan aparentemente siempre iguales por largos períodos de tiempo, lo que provoca esta reacción de los terapeutas.

Esto es la realidad, realidad que se justifica si aceptamos que es precisamente en esta época que se estructuran las defensas obsesivas. Estas defensas deben en general ser muy poderosas, ya que el niño necesita controlar mucho su masturbación y realizar el trabajo intelectual que le impone la tarea escolar. Pero si comprendemos esto, es más fácil manejarse con ellos. Por otra parte, y siguiendo la sabia y vieja reflexión de Freud de que el ser humano utiliza innumerables mecanismos de defensa pero en ellos encontramos, diríamos «fatalmente», la vuelta de lo reprimido, la tarea con los latentes no resulta tan aburrida. Quiero decir con esto que si por un lado aceptamos e interpretamos la repetición de sus juegos como una defensa, y por otro estamos atentos a los pequeños detalles o pequeños cambios que se

sucedan en ellos (la vuelta de lo reprimido), la tarea se hace más interesante y el tratamiento se moviliza más, a pesar de las defensas obsesivas.

Ejemplifiquemos esto: E. es un niño de 7 años que realizó una serie de entrevistas como preparación previa para luego someterse a una intervención quirúrgica. En el curso del tratamiento habíamos visto que si bien la intervención lo angustiaba, mucho más lo preocupaban las causas de su tendencia a autocastigarse. La operación era la consecuencia de un accidente sufrido anteriormente. Con este planteamiento, las cosas cambiaron, y él estaba pensando cómo y cuándo terminaría el tratamiento. ya que la operación no era el objetivo. Hacia el final de una de las sesiones, coloca un muñeco sobre la mesa y juega a voltearlo con otro objeto cualquiera.

Interpretación: Tú no te quieres ir después de la operación porque temes quedar mal con lo que ya vimos.

A la siguiente sesión vuelve a colocar el muñeco y varios juguetes más sobre la mesa, y los voltea con otro objeto. Me invita para que voltee cosas.

Interpretación: Si te voy a dejar así, golpeado, tirado.

Seguimos jugando y ahora va anotando quién gana, es decir, quién tira más objetos. El *score* es bastante parejo.

Interpretación: Preguntas quién gana con todo esto: si el médico, con la operación; si yo, acá, con este tratamiento, ya que el objetivo de esto cambió y lo que tú deseas no es solamente prepararte para la operación.

En la sesión inmediata vuelve a colocar las cosas igual y empezamos la competencia. Empieza a ganar él.

Interpretación: Sientes que ganas tú porque te quitan, te operan para sacarte lo que no sirve.

Sigue el juego y gana en una forma muy sorpresiva. A pesar de que yo juego lo mejor que puedo, me sorprende la ventaja que me saca. Va hacia su cajón y al querer cerrarlo, casi se aprieta la mano.

Interpretación: Es acá donde tú ganaste y de sorpresa porque descubriste cómo te quieres castigar el cuerpo (la mano que te apretabas en el cajón).

Creo que es muy claro cómo en este juego de golpear juguetes, aunque repetido, se van agregando cosas que son las que sirven para concretar la interpretación.

La preocupación por quién gana, el hecho de que él empiece a ganar, mi sorpresa frente a la forma «mágica» con que gana (contratransferencia), etc.

Quisiera recalcar que si bien acepto que los juegos en estas edades son estereotipados, lo son en su globalidad, pero que en general muestran pequeñas y a veces pequeñísimas diferencias. El entrevistador tiene necesidad de estar sumamente atento a ellas, justamente, para no aburrirse, y además porque creo que es allí, en los detalles, donde está el mensaje importante.

Este tipo de entrevistas corresponde a niños que promedian el período de latencia. En este período van desde un juego activo, entretenido y variado en los primeros años (6 o 7), hasta un tipo de juego repetido, estereotipado (7 u 8 años), para luego comenzar a introducir el dibujo, la escritura y el juego con plastilina, que son los recursos típicos de la pubertad.

Si observamos los juegos de los niños entre 6 y 9 años, podemos detectar el avance de los mecanismos obsesivos y su declinación en la medida en que van entrando a la pubertad.

Pero el camino tal vez más notable es entre primera infancia y latencia. Se ve en esta última la mayor participación explícita que los niños confieren al entrevistador. Por ejemplo: una niña, F., de 4 años juega en una entrevista a hacer comida y lo hace así:

Le había traído un trozo de género, y ella lo prueba. Para esto, moja una olla, la seca y mira atentamente el género. Abre la canilla por largo rato y luego la cierra y me mira.

Interpretación: Probarme (el trapo) si soy canilla, que abres y me cierras para que te dé según tú necesitas.

Contesta: «Sí, y ahora voy a hacer la torta».

Interpretación: Ahora puedes empezar a trabajar.

Contesta: «La torta me quedó más rica».

Interpretación: La torta, mis palabras, son cosas ricas, buenas, te sirven para poder hacer las cosas bien.

Se pone a amasar arena y construye «tortas». Hace algunas con arena que coloca sobre un plato. Pone luego dos tazas «para tomar la leche». Toma leche y comen torta ella y el muñeco.

Se le interpreta ella y yo haciendo y comiendo cosas ricas, buenas.

En cambio, otra niña mayor, G. (seis años), que juega también a hacer tortas y servir té, desarrolla así su juego:

Saca del cajón tizas, platos y moldes para trabajar en la arena. Me dice: «Yo era la mamá y tú la nena que la ayudaba. Me traías la harina [señala la arena] y la leche [agua] para que yo hiciera la torta». Mientras traigo lo que me pidió, pone dos tazas con sus respectivos platos sobre la mesa.

Interpretación: Si yo te doy las palabras-leche, lo necesario para curarte, crecer, tú puedes a su vez hacer de mamá y sentirte bien.

Hace las tortas, las pone en platos sobre la mesa, trae la tetera con agua y sirve. Me dice: «Tomá, nena». Yo tengo que representar a la niña y alimentarme con cosas buenas, mientras ella me representa a mí, a la buena madre.

Creo haber dejado claro cómo en el segundo fragmento se ve la necesidad de participación del terapeuta para poder decir sus cosas, necesidad esta que no tienen los niños de primera infancia; en esta edad ellos fantasean y actúan esta fantasía sin que el terapeuta asuma un rol. En general, lo colocan más de observador. En cambio, en el período de latencia hacen representar en forma activa y directa al terapeuta los roles correspondientes a cada fantasía.

En la medida en que se van acercando más a la pubertad (8 o 9 años) y el dibujo y la plastilina van avanzando en sus intereses, el entrevistador deja su rol activo para asumir —como en la primera infancia— un rol de observador pasivo.

Pubertad (de 10 a 13 años)

La pubertad es una época sumamente importante en la vida del niño. Su cuerpo empieza a cambiar tomando la forma del adulto, lo que determina que aparezcan cosas nuevas, como el vello pubiano y el axilar.

Estos cambios se le aparecen al niño en forma sorpresiva y sin que tenga control sobre ellos, lo que se supone que le produce una gran angustia y un desajuste de su postura frente a sí mismo y al mundo.

Tienen dos formas de reacción frente a este impacto, o bien se inmovilizan y disminuyen su comunicación, o bien reaccionan con una actitud

maníaca, se ponen simpáticos, chistosos, parlanchines y muy comunicados, aunque superficialmente. Observamos esta última actitud cuando están en grupos. En cambio en las entrevistas individuales, por lo general disminuye el material verbal y permanecen sentados casi toda la sesión. La actividad que desarrollan durante las mismas es el modelado con plastilina y dibujos, ya sea en el papel o en el pizarrón.

Explicamos esta dificultad de comunicación directa porque están preocupados por su cuerpo y sus cambios, y les es muy difícil dirigir su atención hacia el mundo externo.

Las diferencias de las entrevistas entre niñas y varones es muy poca en cuanto al material, ya que ambos usan por lo general la plastilina y dibujos. Y en cuanto al contenido, tampoco hay mucha diferencia, pues la gran mayoría muestra su preocupación corporal y la angustia de su pérdida de identidad sexual.

Creo que lo más ilustrativo sería transcribir material recogido de entrevistas de púberes.

H. es un niño de diez años que consulta por comportamientos agresivos y distracción en la escuela.

Entra con actitud de reserva y, una vez que se le explica el motivo de la entrevista, pregunta qué es lo que tiene que hacer.

Se queda un rato callado y luego dice: «Voy a hacer un dibujo».

Hace un paisaje al que llama *estancia*. Lo hace dividido por la mitad por una línea que, él dice, son montañas.

Interpretación: Me dices que te sientes dividido en un mundo real y me muestras lo fantaseado por ti.

Contesta: «No, yo hice una casa de este lado, pero parece pegada a la montaña».

Me destaca la casa que está muy aislada. Me pregunta luego si puede deshacer lo que hizo. Construye con tiritas de plastilina un rancho y un árbol. Le coloca al rancho una chimenea cuyo tamaño es desproporcionado con respecto al rancho. Le pregunto de qué se trata y me responde que es la casa de una persona que vive sola adentro.

Interpreto su soledad y le destaco la desproporción entre chimenea y casa, entre tronco y copa, entre árbol y casa.

Se justifica diciendo que el árbol es chico, recién nacido.

Interpreto: Su cuerpo-casa desproporcionado, siente partes chicas recién nacidas y otras más grandes.

Modifica su trabajo agregándole otro árbol y pone dos personajes. Comenta: «Son dos hermanos que están despidiendo a un amigo».

Le pregunto quiénes son, y me dice que serían él y su hermano mayor. Al mismo tiempo, achica la chimenea.

Interpreto que necesita de alguien mayor que él para que lo ayude a ubicarse.

Asiente, pero se queda callado. Le reitero la última interpretación incluyéndole el hecho de haber agregado otro árbol y hecho dos personajes, mientras que venía haciendo elementos aislados, solos.

Él me dice: «Claro, este [el árbol grande] dejó una semilla y después salió este más chico».

Interpreto: «Lo que necesitas es alguien grande como un padre o una madre para saber el origen de las cosas, de dónde salen los seres humanos y el funcionamiento del cuerpo».

Aparece en este material, en forma muy clara, la confusión que tiene este niño con respecto al origen o la gestación del ser humano, mezclado con el crecimiento e inicio del funcionamiento de su cuerpo. Es así que reacciona frente al señalamiento de la vivencia de un cuerpo desproporcionado, diciendo que hay cosas «recién nacidas».

Por otra parte, este material no solo muestra los aspectos conflictivos típicos de esa edad, sino lo que decíamos más arriba en cuanto al comportamiento de estos niños en las sesiones. H. se pasó, como vimos, todo el tiempo de la sesión sin moverse de su lugar (su cuerpo inmovilizado) y trabajando con plastilina o dibujando.

La misma actitud tomó I., una púber de 13 años que llevaba varios meses de análisis.

Se trata de una paciente que tenía mucha facilidad para dibujar. Quiere hacerlo en una sesión, se propone hacer una botella, al intentar dibujar las curvas de la parte superior, encuentra una enorme dificultad, se queda muy sorprendida frente a esta dificultad y hace nuevos intentos sin lograrlo; por último, decide no hacerlo.

Se le interpreta como expresión de su dificultad de ver o hacer sus propias curvas corporales, ahora que están aumentando. La niña se angustia y dibuja varios objetos sin conexión (una pala, un redondel, una taza, etc.).

Interpretación: Niegas la existencia de tus cambios corporales [la botella] para evitar la despersonalización [objetos inconexos de este dibujo], es decir, perder tu identidad de niña.

Se queda quieta y callada, y vuelve a dibujar. Esta vez es un pájaro al que le coloca un agujero en el centro, que resulta muy grande en proporción al pájaro. Se vio este último dibujo en la siguiente forma: el pájaro es su cuerpo sentido como muy pequeño en relación con su vagina (agujero del pájaro), que la vive como grande en tanto no la puede negar, ya que esta chica ha empezado a menstruar hace unos pocos meses.

Queda muy claro que en los púberes no hay mucha diferencia entre ambos sexos en lo que respecta al tipo de material que emplean, como tampoco en el tipo de conflicto, ya que ambos inician este período con la angustia confusional que provoca la crisis de identidad que cobra su plenitud en la adolescencia. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Aberastury, A. (1962) *Teoría y técnica del psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós.
- (1979). *El niño y sus juegos*. Buenos Aires Paidós.
- Bleger, J. (1983). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Freud, S. (1943). Más allá del principio del placer. En L. Rosenthal (trad.), *Obras completas* (vol. 2). Buenos Aires: Americana. (Trabajo original publicado en 1920).
- (1943). Una teoría sexual y otros ensayos. En L. Rosenthal (trad.), *Obras completas* (vol. 2). Buenos Aires: Americana. (Trabajo original publicado en 1905).
- Klein, M. (1948). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: El Ateneo. (Trabajo original publicado en 1932).
- (1975). Relato del análisis de un niño. Buenos Aires: Hormé. (Trabajo original publicado en 1961).
- Rolla, E. (1962). *Psicoterapia individual y grupal*. Buenos Aires: Ediciones 3.